

CRÓNICA DE ALBA

El título de esta crónica era prácticamente obligatorio ya que casi todos hemos oído hablar, y algunos hasta hemos leído, el larguísimo (9 novelas en 3 tomos) y estupendo libro de Ramón J. Sender. La L que parece que falta se debe a que, como nos explicó el padre de uno de los expedicionarios, el nombre del pico es Pico de Alba y no del Alba, y no se refiere al amanecer sino al Duque. Parece ser que uno de los antepasados de la actual duquesa iba a tomar las aguas a los Baños de Benasque y que en sus paseos veía el pico y, solo por eso, lo bautizaron con su apellido. Ni siquiera tuvo que subir ni acercarse a él. ¡Eso es poderío!

Ibamos a ser 13 los miembros de la expedición, pero al final nos quedamos en 12: Domingo, María Emilia, Manuela, Javier S., Eva, Raquel, Jesús, Alejandro, Juan, Ángel, Jaunra y Javier Ch. Nos juntamos el viernes al anochecer en el refugio de La Renclusa y ocupamos dos cómodas habitaciones donde dormimos y comenzamos a digerir la copiosa cena a base de judías y otros ingredientes. La digestión completa durará, por lo menos, todo el día siguiente.

El refugio estaba lleno de gente pero, misteriosamente, cuando nosotros nos levantamos de la cama habían desaparecido casi todos. Los más madrugadores pudieron ver una fila de luces que se alejaba hacia el Aneto. Solo los elegidos vamos al pico de Alba. Desayunamos y dimos los buenos días a los que subían por la mañana desde el aparcamiento.

Por fin nos despedimos de los guardas del refugio, el mulo, las burras, los perros y los gatos y empezamos a andar ya con luz. El tiempo era tan bueno como prometían los pronósticos, con un cielo limpiísimo y una gran luna llena que pudimos ver ocultarse tras el pico Paderna.

Empezamos la marcha todos juntos, como es lógico, con la férrea disciplina que siempre caracteriza las expediciones del club. Después de pasar los lagos de Paderna llegamos a un terreno de grandes pedruscos, que iban a ser lo más característico de toda la excursión, pero la disciplina se empezó a relajar poco a poco hasta separarnos completamente en tres o cuatro grupos de distintos tamaños. Unos seguían las indicaciones del reloj mágico del presidente, otros los consejos de amables desconocidos y otros su propia intuición. Finalmente, de una forma misteriosa que solo se puede explicar por nuestro poderoso instinto montañero, convergimos todos en un mismo punto, ya a bastante altura pero todavía lejos de la cresta final. Ahí escuchamos todos con la cabeza baja y sin rechistar la severa pero paternal reprimenda de nuestro presidente, hicimos propósito de la enmienda y ya casi no volvimos a separarnos en el resto de la ascensión.

Delante se veía el pico y sabíamos, por las indicaciones de los guardas del refugio, que había que pasar al otro lado de la cresta que se extiende a su derecha eligiendo uno de los numerosos collados o chimeneas. Finalmente nos decidimos por uno que resultó ser de los buenos y pudimos seguir siempre cerca de la cresta en dirección a la cima, unos con casco de escalada, otros de ciclista, otros con boina y otros a pelo o a calva. Desde la antecima a la cima hay una corta cresta aérea de grandes bloques de piedra, fácil y divertida, que alguno pasó varias veces porque se le hacía corta.

En la cima primero se entonó el "Cumpleaños Feliz" en honor de un miembro de la expedición que cumplía un número indeterminado de décadas y luego pudimos contemplar el magnífico panorama que nos habían prometido: la Maladeta, la cresta de Alba, el Perdiguero, el Posets, Cregüeña, el refugio donde habíamos dormido, el valle de Benasque y, al otro lado de la cresta fronteriza, Francia casi entera. El mar no se llegaba a ver, pero por poco.

Después de un breve descanso y las fotos de rigor decidimos bajar a comer y descansar hasta la zona cómoda y acogedora de los lagos de Paderna, donde algunos habían asegurado que eran capaces de bañarse. El descenso es largo y pesado, saltando de piedra en piedra, pero fácil. El buen tiempo sigue acompañando. Aunque hoy o uno de estos días empieza el otoño no se ve ningún indicio del mismo. Todo está verde y húmedo y hace un calor agradable.

Llegamos al idílico paraje del lago y algunos valientes se bañan. Merecen ser identificados por que sus nombres: María Emilia y Juan se sumergen por completo, y Raquel parcialmente. Unos llevan un elegante bañador de dos piezas y otros unos clásicos gayumbos. Los demás nos mojamos los pies o tomamos el sol o la sombra.

Desde aquí al refugio y del refugio a los coches hay ya muy poca distancia. La recorreremos rápidamente y quedamos para una cervecita en Benasque y unos huevos fritos en Graus, ambos imprescindibles para recuperar fuerzas después de una dura y magnífica jornada y seguir viaje hasta Zaragoza.

Para terminar, y para que se note que yo también soy de ciencias, voy a dar los datos técnicos de la excursión con la mayor precisión posible: subir nos habrá costado unas 4 horas y bajar algo menos; hemos subido poco más de 1.000 metros hasta llegar a los 3.100 y pico y, según el reloj sabio del presidente, hemos recorrido algo más de 5 Km. Este último dato tiene que ser un error: yo creo que habría que multiplicarlo, al menos, por 10 a la vista del gran esfuerzo realizado. El tiempo bueno, la temperatura y la humedad la justa.

En resumen, ha sido una excursión feliz en la que todo ha salido bien. Todos hemos disfrutado del tiempo, el paisaje, el esfuerzo y la compañía. Parece que, por ahora, los años de algunos todavía no pesan demasiado. ¡Hasta la próxima!

Javier Chóliz.